**De estadística, hasta la coronilla**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático de Lengua española. Jubilado

Recuerdo que en mis tiempos mandaba hacer trabajos ‘final de grado’ sobre lingüística aplicando el método estadístico. Yo no soy experto en ese método ni tengo una base matemática sólida, pero confiaba en las nuevas generaciones que sí la tuvieran. El resultado casi nunca fue satisfactorio. Recuerdo que una alumna (una, porque la mayoría de los estudiantes de letras son mujeres) hizo un trabajo sobre las palabras malsonantes en el español de España. Una de las conclusiones importantes era que en Andalucía se decía más ‘palabrotas’ que en el Centronorte de España, aplicando el método estadístico, por sexo, edad, educación, situación geográfica. Por esto y por otras cosas desconfío, no me fío de las estadísticas. ¿Me quieren decir que ela gente de allá de Despeñaperros es bien hablada y las del sur de Despeñaperros es malsonante a la hora de hablar? Mi instinto, mi convivencia, mis relaciones largas con los castellanos me dicen que no. Quiá, hostias.

Cuando alguien quiere plantear una cuestión grave con frecuencia acude a la estadística. Por ejemplo, en España cada año hay unos cien mil abortos (así, grosso modo); muchos de ellos son ocultos y a veces sin condiciones higiénicas; luego el aborto debe ser libre y gratuito, en cualquier etapa del feto y efectuado en la sanidad pública. Ya me dirán el panorama dibujado y el razonamiento bosquejado.

Últimamente he hecho un curso confitado de estadística. Lo ha impartido el Dr. Simón, que es epidemiólogo. Ante la apabullante pandemia se trataba de reflejar en gráficos diarios la incidencia del fenómeno traducido en cinco parámetros: casos confirmados, muertes, recuperados; se nos ocultaban los datos de hospitalizados y de ingresados en la UCI. El dicho Dr. Simón fue el que no se enteró que la pandemia nos invadió en la segunda quincena de febrero. Pues bien, vivimos un sinvivir de explicaciones sobre esta secuencia: el pico ¿por qué le dirán los ingleses ‘peak’?, la curva (los ingleses la llaman ‘curve’ y tuercen un poco el morro), la meseta y el escalón; he intentado desenvolverme entre gráficos, colores, gráficos cruzados; viví momentos intensos cuando un dato negativo decía el Dr. Simón que no, que era positivo; debajo de las apariencias estaba la ‘tendencia’, la ‘proporcionalidad’, la quincena de retraso; en fin, la estadística. Las matemáticas no andan rezagadas. Resulta que con inteligencia artificial se puede saber que el próximo día 10 de mayo (hoy estamos a cinco) los muertos serán cincuenta y que en el País Vasco sobrarán 23 respiradores ese mismo día. ¡Qué puntería! Por favor, estoy interesado en saber el año en que me toca morir (el mes, no me interesa mucho). [Ese día 10 murieron 143 personas, el once 123 personas]

Entre medias apareció Tezanos y ya nos jeringó tela. ¡Cómo se las ingenió para convencernos de que el gobierno lo hace bien!: preguntas retorcidas, tiempo convenenciero, cuestiones de despiste, grupos investigados ad hoc (a mí nunca me han preguntado en 40 años). Nada que al final ganan de los siempre y por mucho, y otros se hunden como quieren algunos, y otros perviven como temen no pocos. Ya sabemos que a veces se equivoca, ya sabemos que gasta nuestro dinero, ya sabemos que utiliza a los servidores públicos, pero también tememos que a veces acierta. ¿Será esta vez o no será? Misterios de la estadística.

Y en esas llegó el barómetro de ABC/GAD3. Empiezan con la estimación de voto, el número de escaños que se consiguen y el tanto por ciento. Menos mal que se utiliza el color en una especie de arcoíris para proyectar la porción de tarta de cada partido en forma doble para que podamos comparar entre dos tiempos, la última elección y la fecha de hoy si se celebrara otra votación. Este arcoíris o semicírculo comporta 132 escaños que se juegan en la Comunidad de Madrid, de los que la mitad más uno, es decir, 67 constituye la mayoría para ganar; este mismo semicírculo nos informa de qué porciones suman 67 y así poder gobernar y sacar las leyes adelante. ¡Cuánto se aprende en dos tardes de estadística durante el confinamiento! ¡Lo cansado que acaba uno oyendo a expertos!